

#09

LA INTIMIDAD, ESA BOMBA

Itxaro Borda

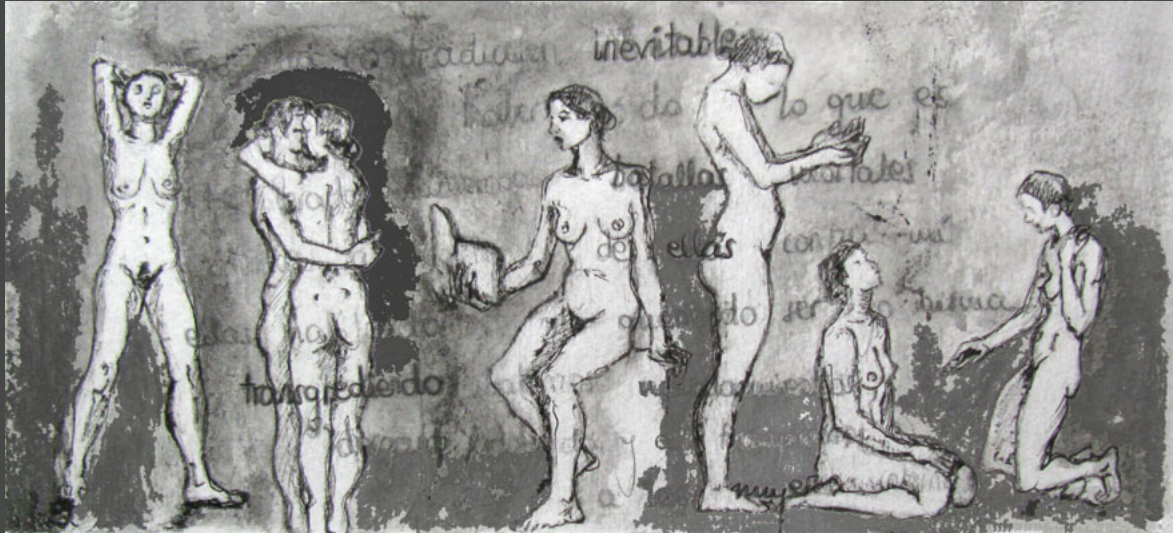
Cita recomendada || BORDA, Itxaro (2013): "La intimidad, esa bomba" [artículo en línea], 452°F. *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 9, 42-55, [Fecha de consulta: dd/mm/aa], < http://www.452f.com/pdf/numero09/09_452f-mono-itxaro-borda-es.pdf >

Ilustración || Bárbara Serrano

Traducción || Gaizko Urturi

Artículo || Encargado | Publicado: 07/2013

Licencia || Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License



Resumen || Las diversas ideologías que confluyen en Euskal Herria —el jansenismo, la lucha armada y la bestia-mercantil del neoliberalismo de hoy en día— no han dejado mucho espacio a la mujer. He estudiado las obras de Leire Bilbao, los escritos de Miren Agur Meabe y el poemario de Ana Urkiza; entre las narradoras a Katixa Agirre, la donapauletarra Beatriz Urruspil y Eider Rodríguez, así como el *Bi marra arrosa* de Jasone Osoro, que puede leerse como un reportaje. La intimidad de los textos de las escritoras resulta terrorífica. El único rincón que ha quedado libre. La intimidad se alza como un acta de resistencia página a página, asfixiada por la ansiedad, el temor, la sangre y el deseo. Para las mujeres que escriben en euskara, la intimidad parece ser aún un recurso para, desde el fondo de la discriminación, hacer oír su voz y deconstruir el modelo de patria.

Palabras clave || escritoras del siglo XXI | intimidad | cuerpo | deseo | resistencia.

Abstract || The different ideologies —Jansenism, armed struggle, and the current monstrous neoliberal market— that have had an influence on the Basque Country, did not left much space to women. For that reason I analyzed the works of different authors (Leire Bilbao, Miren Agur Meabe and Ana Urkiza, Katixa Agirre, Beatriz Urruspil, and Eider Rodriguez), as well as Jasone Osoro's report *Bi marra arrosa*. The sense of intimacy in the writing of these women is terrifying. It becomes the last place left to occupy. Page after page, intimacy assaults like an act of resistance, drown by fears, blood, and desire. For women who write in Basque, intimacy becomes the instrument to make us hear their excluded voices and dismantle the nation's structure.

Keywords || 21st Century Women Writers | intimacy | body | desire | resistance.

*Bularrak lehertu guran nituen.
Euria ari zuen nire klitori gainean.*

Miren Agur Meabe
Azalaren kodea, 2000.

Al leer literatura escrita en euskara por mujeres, se asiste al enfrentamiento entre distintas imágenes de la intimidad. A veces puede uno sentirse incómodo: ¿por qué verter al papel cuestiones de la vida íntima?; y, en otras ocasiones, surgen interrogantes que indican que esas historias podrían explicar algo de importancia capital que la sociedad censura. Por ejemplo, el desarrollo del cuerpo vasco, al que se le niega su condición de fuente de placer. O su recuperación, tal vez. En cualquier caso, sostendremos el carácter perturbador de las obras de las mujeres de la última hornada.

Cuando tomé parte en el congreso «*Inhabiting Gender*», de los miembros de la Asociación Internacional de Literatura y Cultura Femenina Hispánica, celebrado en Barcelona en 2011, seguí con especial interés la ponencia de Otilia Cortez, en la que, mediante el análisis de la obra de Claribel Alegría (El Salvador, 1924), Gioconda Belli (Nicaragua, 1948) o Ana Istaru (Costa Rica, 1960), demostraba la estrecha relación que existe en la lírica centroamericana entre los conceptos de ciudad y patria, por una parte, y los temas relativos a las mujeres, por otra. Como apoyo para su intervención, se sirvió del himno sandinista «*Ay, Nicaragua, Nicaragüita*», creado por Carlos Mejía Godoy, ese que todos cantamos junto a un par de temas de *The Class*.

Durante aquella feliz estancia, conocí a la tan sonriente como generosa Ileana Rodríguez, profesora de origen nicaragüense en la universidad de Ohio. Suscitó en mí el fuerte anhelo de releer la colección de cuentos *Malintxearen Gerizpean*, de Amaia Lasa, publicada por Pamiela en 1988, para comprender mejor su obra, evidentemente; pero también para dar respuesta a mis preocupaciones, inquietudes y dudas de aquel entonces. De vuelta en Baiona, *Carta a un desterrado*, de Claribel Alegría, se me grababa palabra por palabra en la memoria. Poco después, me hacía con dos libros publicados por Ileana Rodríguez en Minnesota.

Desde entonces sé que, pese a que a las escritoras vascas no les agradan las etiquetas de lo vasco y lo femenino, cuando escriben una y otra vez con crudeza sobre vaginas, embarazos, vientres, sentimientos, la tentación de morir, la huida y las relaciones sexuales, hablan de esta tierra nuestra como de una ruina permanente, de la patria y de la sociedad; en conjunto, del inflexible conflicto entre géneros que la violencia armada ahoga. La intimidad es un campo minado, pero no contamos con ninguna otra base sobre la

que construir el futuro. Esa es la conclusión que se extrae de este estudio.

En el momento en que me dispongo a escribir este breve y, confío, poético trabajo, he llegado a creer que quizá se pueda alcanzar a distinguir algo del gracioso piar del colibrí de los parques de Managua en los lamentos del ruiseñor por entre las zarzas de Euskal Herria. Aquí también, en el mismo sentido que el discurso de Ileana Rodríguez, como en muchos otros lugares de Centroamérica, las escritoras podemos (re)coser, mediante la literatura, el tejido que une a las mujeres, la guerrilla y el amor, sin que se descarte investigar qué o quién une el hogar, el huerto y la patria. Hace siglos que estamos en guerra, por cien mil razones, desde los conflictos entre señores feudales, pasando por la Reforma y la Contrarreforma, hasta las luchas a favor y en contra del territorio que atraviesan el siglo XIX y llegan hasta hoy día. ETA acaba de dejar las armas. Puede que sea el momento idóneo para hacer una nueva interpretación literaria del pasado común. Empleando el escáner o la ecografía, como haría Leire Bilbao.

Las páginas de nuestros libros, hayan sido escritos por hombres o mujeres, están repletas de cuerpos mutilados, despreciados, desvalidos y enmudecidos, que jamás gozan. Una violencia terrible embiste desde cada palabra escrita, como si la propia palabra presagiara un cadáver, víctima de la crueldad. Abundan las tragedias, que se declaman con sutileza cuando poetas y escritores leen sus creaciones en público. Y demostramos exquisita educación: en lugar de aplaudir su esmero, creo que deberíamos deshacernos en lágrimas. Pero el llanto, como el esperma y la humedad de la vagina mojada por el placer, que alababa Monique Wittig, no es sino una vergonzante secreción del cuerpo. La mística patriótica, por no decir nacionalista, del mismo modo que impulsó a anteriores generaciones, nos hace padecer las catorce estaciones del calvario y nos condena a una mortificación cotidiana, tanto en nombre del euskara como del hecho de ser vasco. Mientras los mártires, los presos y los exiliados sean elevados a altares más altos que los que viven con una cierta normalidad —¿en qué consiste el modelo de la auténtica normalidad?—, este flagelo será una parte constituyente de nuestra cultura. Además, los dos estados vecinos que señalamos como fieros enemigos no ayudan precisamente a que dejemos de sentirnos víctimas.

La melodía de Pier Pol Berzaitz *Baratze bat nahi deizüt egin*, perteneciente a la pastoral *Harispe* (1991) de Muskildi, llena de sosiego y emotividad, sin duda pacífica, serena y caliente profundamente nuestros corazones durante tres minutos y cuarto, hasta llegar a representar el jardín al que alude en términos de una paradisíaca tierra de salvación que nunca hemos poseído.

Nos retrotrae a la infancia, a los tiempos en los que no había guerras ni masacres, a los recuerdos del olor a incienso, del que se saturaba nuestra respiración los días de víspera en las iglesias, hasta las entrañas mismas de un mundo desaparecido hace mucho, precisamente a la esencia de nuestra abandonada sinceridad. Pier Paul Berzaitz, al igual que Carlos Mejía Godoy, a través de la mujer a la que se dirige, habla cariñosamente al pueblo doliente al que ama. Algo nada habitual.

Tenemos presentes las últimas páginas de *Haur besoetako* de Jon Mirande: Teresa se dispone a ahogarse en las olas de la costa. Como consecuencia de ello, nos queda su cuerpo sin vida, como una dificultad para la interpretación, al hallarse fuera del texto. Es una imagen importante para comprender la literatura vasca. No podemos interpretarla, sino como el cadáver de la patria feminizada, devastado por el ansioso deseo de los hombres y las agresiones de la multitud. En las épocas de guerrilla, como la que afronta nuestro pueblo ya hace casi dos siglos, la mujer tiene poco lugar, a no ser que desempeñe el papel del hombre, masculinizándose, implicándose incluso en las filas de la lucha armada. Mas entonces, si se rinde antes de tiempo, mucho peor. He ahí el ejemplo del asesinato de Yoyes el 1986 en la plaza de Ordizia. Aunque pertenezcan a ámbitos diferentes, los cadáveres de Teresa y Yoyes pueden reunirse y simbolizar los ejes de la acción en el mundo vasco, porque responden a la amenaza general que sufre un género de intimidad al parecer prohibido.

Salvo excepciones, la mujer, en la mayoría de los casos, es la gran ausencia de la literatura vasca. Un agujero negro que carece de armas. Un continente ciego, desconocido. Un cadáver, modelado siglo tras siglo por el cristianismo más violento, fuente de pecado y deshonor, que, generación tras generación, sufre la marginalidad de quienes están por educar. Como mostró a la perfección Joseba Gabilondo en su estudio sobre las escritoras de la generación de 1980, la mayoría de los personajes femeninos aparecen en los negativos de la foto, siempre a la espera del marido, el hombre o el novio, que ha huido. Algo similar ocurre con la figura de la mujer zombi en *Zeru horiek* (1995), de Bernardo Atxaga: tras una gran parte de su vida entre rejas camina por las calles de Donostia o Barcelona, ajena a la realidad, marcada como traidora, un cadáver andante sin ninguna esperanza. Me gustó el largometraje dirigido por Aizpea Goenaga en 2005, porque captaba a la perfección la soledad física e intelectual que, a diferencia de los hombres, padecen las mujeres. Para ser una heroína debía morir bajo las balas del enemigo. Y hasta hoy... ¿quién se acuerda de las mujeres de ETA sacrificadas? Por ejemplo, ¿de Susana Arregi Maiztegi?

También la lengua es un cadáver. Se repite que el euskara es la

lengua materna. Maialen Lujanbio cantaba emotivamente —claro que en su boca no podían tratarse únicamente de palabras— a la sucesión de mujeres que toman parte en la transmisión de la lengua: la abuela, la madre, la hija, la hermana..., al final de la actuación en la que resultó ganadora. Los hombres se alzan como una especie de forenses que dejan el cadáver de la lengua bajo la responsabilidad de las mujeres, como Koldo Izagirre en su interesante ensayo-collage *Autopsiarako frogak* (2010, Susa). Nos ofrecía la crónica de la muerte anunciada por el hedor de la putrefacción. Llegados a este punto, surge la cuestión: ¿cómo escribir, cómo vivir, cómo perdurar con un verbo cadáver en los labios? ¿Cuándo se le otorgará al euskara el derecho de reivindicarse como ser animado? ¿Acaso nos conviene reencontrar la intimidad desnuda, abriendo paso a los abundantes yo que están detrás de la altivez opresora del *nosotros*?

Mientras tanto ¿qué es del hombre en la novela vasca? Medita en el ambiente etéreo de un avión que vuela de Bilbao a New York, en la exitosa novela de Kirmen Uribe; o es profesor de la Universidad de Anchorage en Alaska en *Euskaldun guztion aberria* de Iban Zaldúa, o el protagonista de la colección de cuentos *Fikzioaren izterrak* de Ur Apalategi. O, más cerca en el tiempo, se encuentra en los hospitales de las cárceles, de Mikel Antza, o tratando de inventariar el dolor generado por las mil variantes del abandono, en *Zamaontzia*, de Iñigo Aranbarri. Por lo visto, vivir lejos de Euskal Herria parece ser mejor para la realización individual. Allí, en el extranjero cosmopolita, en el anonimato de las grandes o medianas ciudades, los personajes pueden ligar con tranquilidad, a escondidas, olvidando a sus mujeres-criada que cuidan de los niños en casa, aunque hayan sido ellas quienes los han acompañado al aeropuerto. Al volver las encuentran de nuevo, tan fieles, silenciosas y humildes como cuando se fueron. Si la mujer resultó en una época valiosa para el reposo del guerrero, hoy es el refugio del elegante profesor internacional de altos vuelos. Hay que decir que el escritor vasco no es ya el hambriento errante ni el cura enmohecido de hace unas décadas. Ha ascendido en la escala social y ello modifica claramente su perspectiva.

Esos personajes dirigen una mirada particular sobre Euskal Herria: a veces envuelven en un poco de nostalgia una tierra arruinada por la lucha, pues los predecesores que han de ser homenajeados le pertenecen; pero, en la mayoría de los casos, prevalece la vergüenza mezclada con la provocación, la burla y la ironía. La lejanía les permite distanciarse de su torpe cotidianidad. Por ello no consiguen de las jóvenes que seducen que los acompañen a la cama sino para mantener relaciones sexuales: las experiencias en el extranjero también resultan vacías, como si les estuviera prohibido saborear la intimidad fuera de su lugar de origen, como por ejemplo en el caso del Joseba Anabitarte, de Iban Zaldúa. En la literatura escrita en euskara tanto por mujeres como por hombres, existe aún una

grave incapacidad para tratar sobre sexo. Como si careciéramos de palabras para expresar lo íntimo, o como si tuviéramos miedo de ellas. En muchas novelas, a la espera de que suceda la cópula, acabamos por sospechar que nunca tendrá lugar —¿la paz orgásmica?— con la patria devastada, pues ya no tenemos contacto con ella.

En el libro de Iban Zaldúa y en las historias de Beatriz Urruspil en *Gizaki Bakartiak* aparece el temor a la homosexualidad: la chica que renuncia a acostarse con Joseba Anabitarte parece ser lesbiana y las solitarias figuras femeninas de Beatriz Urruspil temen que los hombres las juzguen mal, es decir, que piensen que son lesbianas o que pertenecen a las llamadas *gouine*, porque suelen estar solas. Cosa asombrosa en esta Euskal Herria, que tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres se distribuye de una manera tan homosocial: las cuadrillas, los grupos, los comandos, todo se organiza desde la infancia respetando la separación de géneros. Una fobia que pone en duda la lógica en vigor de la heterosexualidad obligatoria.

Ya sabemos que no existe una literatura específica de mujeres. Sino una escrita desde la perspectiva de las mujeres. Si la de los hombres es de por sí universal, la de las mujeres, que Wittig explicaba magníficamente como la de las lesbianas, es minoritaria. Durante siglos sólo se ha escuchado una voz: la de los hombres, los curas, los notables. Somos conscientes de que por ese lado la tierra fértil de la producción de literatura en euskara se ha hecho más plural. La incorporación de nuevas voces al concierto nos lleva a considerar de manera diferente la situación naciente. No obstante, la escritora se ha quedado en su lugar: en la cama, en la casa, en la huerta. No ha podido dar el paso hacia la universalidad sin masculinizar totalmente su discurso y sus intereses. Parece condenada al cuidado del cadáver, a cultivar sin fin los elementos femeninos de la cultura, la dulzura, la maternidad y la seducción, entre otros. Sin que se le permita hacer frente a la carga de violencia implícita en cada uno de ellos. Al incorporar a la ficción mundos que siguen en manos de los hombres, como el del trabajo, la política o la lucha, las escritoras se topan con una dificultad digna de mención. Y este es el quid de la cuestión.

Hemos escogido varios libros publicados en las últimas décadas para el desarrollo de este estudio poético-político. Todas son creadoras de una fructífera trayectoria como escritoras: *Ezkatak* y *Scanner* de Leire Bilbao, las obras *Larruaren Kodea* y *Bitsa Eskuetan* de Miren Agur Meabe y el poemario *Bazterreko Ahotsak* de Ana Urkiza; entre las narradoras las colecciones de cuentos *Habitat* de Katixa Agirre, *Gizaki Bakartiak* de la donapauletarra Beatriz Urruspil y *Katu jendea* de Eider Rodríguez, así como la obra *Bi marra arrosa* de Jasone Osoro, que puede leerse como un reportaje. Podría objetarse que

es una muestra excesivamente restringida, pero creo que también resulta ilustrativa para el análisis de las inquietudes sobre la femineidad, para determinar los campos que hombres y mujeres se establecen mutuamente, más allá del doliente verso «*nagoen lekuan irauten irakatsi didate*» que repite Leire Bilbao en su poema.

Después de la fértil y transgresora generación de Marijan Minaberri, Amaia Lasa, Arantxa Urretabizkaia o Laura Mintegi, salen a la luz estas escritoras dotadas de experiencias y conocimientos, proclamando sin pelos en la lengua los agravios de la soledad de la mujer (vasca). No temen a su cuerpo y aún menos, a lo que pueda decir la gente; levantan acta con claridad de las cosas de la vida cotidiana: la regla, los abandonos, las opciones para ser madre... Abren un abismo entre su obra y su personalidad, una distancia salvable que resulta beneficiosa para la literatura. Es posible que produzcan autoficción, pero el lector puede interrogarse sobre lo que hay más allá de esa explicación desnuda de la intimidad: ¿de qué hablan cuando mencionan la humedad de la vagina? El cuerpo, principalmente el de la mujer, ¿es acaso metáfora del pueblo o del territorio? ¿Cuando lloramos a las madres fallecidas, estamos transfiriendo el duelo por una patria que se está descomponiendo? Siempre que me pierdo en las palabras de estas escritoras su exigencia me estremece.

Me parece que la literatura de las escritoras en euskara del siglo XX estaba más enraizada en el pueblo. Aparecían más el entorno y el paisaje, o al menos resultaban imaginables a lo largo de la lectura. En el espacio rural las labores de la mujer estaban más claras, el cuerpo no se mencionaba, parecía como si ni tan siquiera existiera. Eran madres y amas de casa altivas, chicas jóvenes que antes del matrimonio debían educarse mediante la lectura de *Kattalinen gogoetak* (1955), del canónigo Pierre Narbaitz, o solteronas que se atrevían a jugar al trueque en las canciones de Elizanburu. La aparición de las canas, el envejecimiento salvaba a la mujer. No aparecen mujeres mayores en las páginas de las escritoras de hoy en día. Hueco que podría ocupar la novela *Hiru Mariak*, de Arantxa Urretabizkaia, donde se actualizan la fraternidad simbólica del ambiente rural y la continuidad de la vida más allá de la viudedad. Los personajes de mujeres de aquel tiempo soportaban hasta cierto punto el peso de la ausencia del hombre: había ido a la guerra, era contrabandista o pasaba las tardes con los amigos en el hostel. Los cambios que produjo la urbanización causada por la industrialización no modificaron tanto la situación, pues las costumbres rurales y las ciudadanas se unieron en un frágil equilibrio. Las jovencitas y las mujeres de Beatriz Urruspil, entre el baserri y la ciudad, ya viven una soledad que las va encadenando. En Iparralde, como en Hegoalde, la sociedad ya ha iniciado un proceso de disgregación, de soliloquio y globalización que pone en duda las fronteras entre los géneros.

Aunque la sensibilidad de la tierra sea femenina, la reafirmación del concepto patriótico nacional ha masculinizado la sociedad vasca, que excluye por completo a las mujeres. En las portadas de los periódicos sólo aparecen hombres. Como reza el célebre refrán, al pasar a asuntos serios, ellos tienen siempre la última palabra, son el ejemplo obligatorio, el modelo, y la mujer, por más que sea escritora, en la mayor parte de las ocasiones es confinada al papel de florero. En estos tiempos de neoliberalismo, en los que sólo el dinero es libre, la masculinización se ha ido fortaleciendo desde 1968 hasta nuestros días, cuestionando los derechos ganados tras las amargas luchas del feminismo. No es sencillo ser mujer de una clase u otra cuando en los centros de trabajo, en el ámbito político, en los *mass media*, en el mundo del deporte o incluso en los propios hogares, la violencia de los hombres se alza sin freno contra niños y mujeres.

La mujer, al igual que el emigrante o el proletariado lumpen, figura entre los perdedores más reconocidos del neoliberalismo. Sacrificada en el altar del productivismo, que oprime el cuerpo, el pensamiento, la clase y el género, se le impone el folclore femenino tal y como lo ha mostrado la nicaragüense Ileana Rodríguez: de la persona que es mujer se espera que cultive la belleza, la ternura, el silencio y la humildad. Y lo mismo del personaje. No conocemos una mujer asesina en serie. La figura de personaje de Lur, cuyo objetivo es el asesinato y que fue adaptada por Uxue Apaolaza para su novela *Mea Culpa*, puede situarse junto a las interpretaciones de Jennifer Tilly y Gina Gershon en el largometraje titulado *Bound* (1996) de los hermanos Wachowski.

La poesía «está muerta pero no he sido yo», escribía Sarrionaindia el 1991 en uno de sus poemas de la cárcel. Desde entonces nos obcecamos en ello, como si mientras los —según dicen— más valiosos hijos del pueblo se consumen en las prisiones o en el exilio, nos estuviera prohibido el placer de vivir. Además, el erizo, que no disponía sino de una gramática de veintisiete palabras, fue arrollado, después de haber sido paralizado por las luces del coche de Atxaga. Salir a los caminos y las plazas se hace difícil, pues en todos va cuajando la amenaza de la muerte. Nos situamos frente a lo que parece una *Tabula rasa*: *Etiopia* fue destrozada en lo más duro de la lucha y *Harrizko Herri Hau*, despedazado de galerna en galerna. Cuando ya no sabemos hacia dónde ir, las escritoras nos muestran la senda, situando la intimidad ante nuestra mirada, para que podamos gozar de una vez del cadáver. La mujer, a la que se le pide que asegure el futuro transmitiendo el euskara, ha sabido también durante siglos reorganizar el caos, atenerse al rumbo en la desesperanza y consagrar sus cuidados a la herida más dolorosa.

Aquí y allí va consolidándose una idea que ya he oído en más de una ocasión: la feminización hace que se divulgue una versión

domesticada de la poesía vasca, tal vez porque entre los temas tratados abundan los domésticos. Es decir, asuntos de mujeres. Lejos estamos, por tanto, del tono bíblico de los versos de Aresti o de aquellos rimbaudianos refugios de las *nuevas a,e,i,o,u* que reivindicaba Amaia Lasa a finales de los sesenta. Ahora se tratan los pormenores del interior del hogar, los asuntos de alcoba, las labores de las mujeres, los niños y, por supuesto, los cuerpos. También los poetas jóvenes recorren esta vía abierta en su día por las mujeres, al menos si tomamos en cuenta *Infinitua dastatzeko* de Iñigo Astiz y *Autorretratu gaurkotua* de Jon Benito. La intimidad es el único rincón libre que nos ha quedado para ocupar, particularmente en euskara. Algunos lo hacen con ternura, otros empleando la ironía y el sarcasmo. He ahí un ámbito caótico que ha sido consolidado y acotado palabra a palabra por las escritoras.

El crítico Iban Zaldúa, en su artículo publicado en el periódico *Berria* en diciembre de 2010, defendía la necesidad de una literatura masculinista en euskara. Esto es, más machista. Con objeto de alejar al lector tanto de las tendencias voyeristas como de las representaciones húmedas de la intimidad. Señalaba el problema con una vocación provocadora sin par: la producción de las escritoras y de los escritores gays de la nueva oleada pone en tela de juicio el papel del hombre, el valor y la separación entre los géneros establecida por la tradición. El profesor de la novela *Euskaldun guztion aberria* Joseba Anabitarte está en Alaska tejiendo una visión fantástico-fantasmática de Euskal Herria. Al tiempo que emula a Don Juan el castigador, Joseba Anabitarte, el más hombre entre los hombres, es acuciado por dudas de orden sexual, si bien no quiere reconocerlo ante sí mismo. Las dudas referentes a su opción sexual le resultan tan vergonzosas como las de la personalidad. Tomará el camino de retorno a casa para volver con la mujer que mantiene cautiva mediante el matrimonio. La seguridad se basa en el hastío de la intimidad.

La intimidad de los textos de las escritoras que hemos seleccionado resulta aterradora. Nos brindan elementos propios del *thriller* en cada escrito y poema. Esto es, avances de un futuro que no iría más allá de la vagina. El hogar, la cama, el huerto y, por lo tanto, la patria son los escenarios del temor. La intimidad estalla en la cara del lector página a página, palabra a palabra. Marginada de la vía pública y de las relaciones sociales, la mujer no cuenta con muchas rutas de salida, mientras su literatura prosigue llenando el mercado. Como si se tratara de un reflejo de la, salvo excepciones, permanente marginación de la mujer que se da en la sociedad. Las mujeres, abandonadas tanto por los hombres como por los discursos políticos, en la mayoría de los casos aparecen en el papel de *mulier dolorosa* en cuentos y poemas. La ideología del marxismo de aquel entonces o la del neoliberalismo actual favorecen lo masculino, la

acción, la victoria, la fuerza y el dominio económico. En ningún otro campo como en el deporte, se percibe esto con tanta claridad. El físico y novelista estadounidense Josh Bazell afirma que no nos agrada la debilidad física ni mental y que es por ello por lo que, aunque desvirtúen el juego mediante el dopaje, gozamos con los campeones y los atletas. Despreciamos las cualidades femeninas y admiramos a quienes se valen de la violencia real o subliminal. Se odia a los intelectuales, como si no fueran sino inservibles anexos femeninos de este siglo *bling bling*.

El hogar de las escritoras vascas de hoy no es el caserío, por más que en ocasiones sea su segunda vivienda. Después de dos cuartos de siglo de diversas luchas, nuestra sociedad se ha urbanizado completamente, su hábitat ha cambiado y, en cierta medida, la civilización ha cogido la delantera a la barbarie. Podríamos decir que se cuenta con los elementos para conformar una patria cuya existencia por el momento se da únicamente sobre el papel: los límites del territorio están establecidos y, de la mano de una elite cultivada y dispuesta a conquistar culturalmente el mundo, se ha creado un mercado literario conforme a los criterios europeos. Los personajes de Kirmen Uribe, Ur Apalategi o Iban Zaldúa han dado alegremente el salto, dejando a sus mujeres marchitándose entre los cacharros de sus cocinas. Otros tantos escritores roen los males del pueblo —la guerra civil, la actividad de ETA, los conflictos sociales—, en obras en las que los personajes femeninos son escasos. En cualquier caso, el modelo familiar se ha deshecho en las últimas décadas, por cuanto era la familia —del padre, del hermano, del marido— el origen de la ley y símbolo de la patria en los inicios. Las escritoras nos acercan la memoria melancólica de un pasado que ni idealizan ni extrañan.

A este respecto el largo poema *Hobia* de la colección *Bitsa eskuetan* de Miren Agur Meabe (2010) es estremecedor. La poetisa elabora una breve biografía de la madre muerta, le hace posible por vez primera en su vida desgranar su historia en primera persona, al mismo tiempo que tributa un homenaje a una generación que está desapareciendo. Hace mucho que lo que escribe Miren Agur Meabe es absoluto pasado.

Los poetas de las nuevas generaciones sienten la necesidad de volver a definirse a sí mismos, nombrando el cuerpo, estableciendo las fuentes de placer y dolor, desnudando la lengua hasta el fondo de la intimidad. Hasta cierto punto hombres y mujeres ya recorren una misma senda, porque el hombre sabe que pertenece a un grupo mayor: «no es más que mi historia y tampoco es sólo mía», dice Jon Benito en el último poema de la colección *Bulkadak*. La mujer, en cambio, tan pronto como termina de nombrarla, empieza a funcionar como alguien capaz de apreciar cruelmente la escasez del *phallus*.

No emplea el fundamento del cuerpo para transmitir el universal, sino al servicio del hombre que da forma al universal en todo lugar —particularmente en francés, en las clases de la gramática del desprecio, desde pequeñas hemos aprendido que «el masculino lleva implícito el femenino»—, soñando que se convierte en hombre para ser admitida en las empresas, en el campo de batalla, en las disputas. Esto es, un *phallus* simbólico.

Con la intimidad como eje, parece que uno de los designios ocultos de las escritoras consiste en la deconstrucción del modelo de patria, para después ofrecer al lector una base renovada para su construcción. En opinión de Ileana Rodríguez, la literatura es el lugar de formación de los discursos teóricos de los procesos históricos, donde sin *pathos* ni lógicas severas se legitiman la nostalgia, la melancolía y la contemplación. Los personajes dialogan con los contertulios ausentes, las voces silenciadas, los enmudecidos, los cuerpos masacrados, con los otros que son las masas o las mujeres que cruzan la historia del pueblo, desde el refugio de un individuo que viste únicamente su pijama. En el cuento *Pijama Festa* de Katixa Agirre aparece un pijama igual al que se menciona en los poemas de Castillo Suárez, o tantas veces puede encontrarse en la última colección de poemas de Amaia Iturbide. Podría parecer que la mujer (vasca) no desea volver a salir de casa o de la cama, como una forma de mostrar su desacuerdo con la sociedad, en una repetición del *bed-in* no violento que llevaron a cabo en 1969 Yoko Ono y John Lennon en Montreal y Ámsterdam, en repulsa por la guerra de Vietnam. La patria ya no abarca más que una cama.

Al negarse la sexualidad de la mujer en la literatura, tampoco la lengua puede expresar el sexo sin condenarlo, huir de las garras de la opresora carga del mezuquino *phallus* y liberarse de la soledad, con el objeto de fundar un nuevo alfabeto de la vida mediante la maternidad. A lo largo de los últimos años han aparecido dos o tres obras que explican palabra por palabra las sendas de la maternidad: Jasone Osoro y Arantxa Iturbe, entre otras, escribieron sobre mujeres en estado, la redondez de los vientres, los sueños y las dudas, la sangre y los gritos del parto, todas las etapas del embarazo al detalle. Son libros interesantes, porque muestran la maternidad como un hecho fundamental y voluntario, confirmando el papel tradicional de la mujer pero hablando tan cruda como valientemente sobre ese proceso fisiológico universal y censurado.

Las relaciones enfocadas desde el punto de vista de la mujer cuentan con poco espacio en la literatura vasca en general; su pornográfica ausencia no se destaca. La patria y la lengua se presumen heridas o muertas. Lo que el enemigo despedaza en el enardecido poema *Nire aitaren etxea* de Gabriel Aresti es un supuesto cuerpo de mujer, la patria que ante los horribles sufrimientos que le aguardan

se ha feminizado de una vez por todas. El hombre se halla a un lado, para contar lo que está ocurriendo: como testigo, no como salvador. La voluntad de valerse de la intimidad que puebla los libros de las escritoras produce un contraste que en ocasiones alcanza el hartazgo. Esa intimidad es activa, locuaz, habla sobre la piel del desnudo cuerpo negado, así como sobre las estirpes de mujeres que se suceden de madres a hijas en perpetuo silencio. Podría parecer que todas las obras se publican para impedir el complot para sacrificar a las mujeres. La intimidad se yergue así ante nosotros página a página como un acta de resistencia ahogada por el ansia, el miedo, la sangre y el deseo.

En los relatos de Katixa Agirre como en los de Eider Rodríguez se percibe el temor. Todos muestran magistralmente el hediondo ambiente carcelario del interior del hogar. En esas condiciones no se suicida nadie y los crímenes no llegan a ser cometidos, como ocurre en la historia *Jaun eta jabe*, de Katixa Agirre, con el personaje que pela una cebolla cuchillo en mano... Las angustias mortales de las cocinas y los camarotes no pueden ser contadas a nadie y ese es el componente más importante de la soledad: las dos amigas que toman parte en el juego del pijama no comparten mutuamente sus verdades íntimas. La mujer permanece dentro de sí, monologa, abandonada completamente por los demás y por sí misma, sin saber ya qué hacer con su deseo por un hombre tan fuera de la historia como ella misma y con la literatura como medio más seguro para reflejar su situación. La literatura vasca crea personajes espectrales. Tal vez reflejo de nuestra(s) realidad(es).

Los poemas de Leire Bilbao en *Scanner* nos muestran que el escritor se vale de los adelantos científicos para reencontrar aquel yo anulado en el nosotros como consecuencia del tabú de la lucha masculina. El escáner no miente. Así aspira a recordar a su padre y a su madre para establecer las bases de su personalidad, exactamente el momento en que fue concebida, «inork ez (bait) digu esaten hiltegiak dauzkagula zain». El fundamento de la vida se va entretejiendo con la intimidad mórbida y es por la inexistencia de fundamento alguno por lo que se pregunta el poeta. Por lo tanto, la intimidad de uno mismo puede ser un despertador, al menos si estalla en la cara del lector. Las escritoras componen breves discursos redondos, lejos del universal y muy cercanos al mismo tiempo, con la esperanza de que alguien romperá el círculo vicioso, pese a que en ningún lugar se alza un yo masculino que les responda colmando páginas con su neutralidad universal. Al contrario, hay algo así como un terror mudo que fuerza el silencio de los espacios, las opiniones, las geografías y las lenguas. Se da carta de legitimidad a la intimidad, en tanto que único lugar de partida para ir aprendiendo y atreviéndose a tratar lo general.

Para terminar, podemos decir que el empleo de la intimidad por las escritoras que escriben en euskara, es aún un recurso para hacer oír su voz desde la marginalidad. Recurso que hoy nos ha brindado la oportunidad de hacer un bello y emotivo viaje. El gusto por las literaturas plurales, que nos hablan de orificios, de culos, de clítoris y vaginas, es decir, de cuerpos que no han sido sacrificados en el altar de la patria, resulta tan endeble como tibio comparado con las que tratan sobre bocas que reivindicán, pies que caminan o puños que se levantan cerrados. Algún día, cuando hayamos asignado a la patria las características de los géneros neutrales, tal vez nos demos cuenta de que unas enriquecen a las otras y de que todas nos hablan de la crisis que sustenta al pueblo feminizado. La obra de las escritoras vascas constituye un *no women's land* producto de la influencia de los siglos de *marasmus masculinus*, el intento vigoroso de salvar el ámbito por explotar que nos ofrecería el potencial de crecimiento de la intimidad.

Las diversas ideologías que confluyen en Euskal Herria —el jansenismo, la lucha armada y la bestia-mercantil del neoliberalismo de hoy en día— no dejan mucho espacio a la mujer. Muchas mujeres de la generación de nuestras madres dejaron los caseríos para trabajar de criadas en París o Burdeos, para ganar dinero, por supuesto, pero también para llevar una vida más libre: con menos prohibiciones y más ocasiones de compartir alegrías. Las escritoras que nutren sus textos de esa intimidad visible son las descendientes de las criadas de aquel entonces. Llevan la transgresión y la revolución a los huertos, los hogares, las cocinas y las camas, con los recursos de la poesía y el relato, valiéndose de los instrumentos de la palabra y la gramática, sin necesidad alguna de alejarse del pueblo. Hablan sobre el cuerpo y ese cuerpo simboliza la patria en crisis, tal vez el mundo; la vagina milagrosa de aquel *L'origine du monde* pintado por Courbet en 1886 es aún la única clave para comprender el estado de la cuestión.

Bibliografía

- AGIRRE, Katixa (2009): *Habitat*, Donostia: Elkar.
- ANTZA, Mikel (2010): *Ospitalekoak*, Zarautz: Susa.
- APALATEGI, Ur (2010): *Fikzioaren Izterrak*, Zarautz: Susa.
- APAOLAZA, Uxue (2011): *Mea Culpa*, Donostia: Elkar.
- ARANBARRI, Inigo (2011): *Zamaontzia*, Zarautz: Susa.
- ARESTI, Gabriel (1986): *Harri eta Herri*, Zarautz, Susa.
- ASTIZ, Inigo (2012): *Baita hondakinak ere*, Zarautz, Susa.
- ATXAGA, Bernardo: *Zeru horiek*, Donostia, Erein: 1995.
- BENITO, Jon (2010): *Bulkada*, Zarautz: Susa.
- BILBAO, Leire (2006): *Ezkatak*, Zarautz: Susa.
- BILBAO, Leire (2011): *Scanner*, Zarautz: Susa.
- ESNAOLA, I. (2010): *Galerna*, Donostia: Elkar.
- GABILONDO, Joseba (1998): «Del exilio materno a la utopia personal. Política cultural en la narrativa vasca de mujeres», *Insula* 623, 32-36.
- ITURBE, Arantxa (1999): *Ai Ama*, Irun: Alberdania.
- ITURBIDE, Amaia (2008): *Labirintoaren orduak*, Donostia: Erein.
- IZAGIRRE, Koldo (2010): *Autopsiarako frogak*, Zarautz: Susa.
- LASA, Amaia (2000): *Malintxearen gerizpean*, Iruña: 1988.
- MEABE, Miren Agur (2000): *Azalaren Kodea*, Zarautz: Susa.
- MEABE, Miren Agur (2010): *Bitsa eskuetan*, Zarautz, Susa.
- MIRANDE, Jon (1970): *Haur besotakoa*, Donostia: Lur.
- NARBAITZ, Pierres (1999): *Kattalinen gogoetak*, Donostia: Elkar.
- OSORO, Jasone (2009): *Bi marra arrosa*, Tafalla: Txalaparta,
- RICH, Adrienne (2010): *La contrainte à l'hétérosexualité et autres essais*, Gèneve: Editions Mamamelis.
- RODRIGUEZ, Eider (2010): *Katu jendea*, Donostia: Elkar.
- RODRIGUEZ, Ileana (1994): *House, garden, nation*, Durham: Duke University Press.
- RODRIGUEZ, Ileana (1996): *Women, guerrillas, and love*, Minneapolis: University of Minnesota Press.
- SARRIONAINDIA, Joseba (1995): *Hnuy illa nyha majah yahoo*, Donostia: Elkar.
- SUAREZ, Castillo (2008): *Souvenir*, Donostia: Elkar.
- URIBE, Kirmen (2002): *Bilbao-New York-Bilbao*, Donostia: Elkar.
- URKIZA, Ana (2002): *Bazterreko ahotsa*, Donostia: Elkar.
- URRETABIZKAIA, Arantxa (2010): *3 Mariak*, Donostia: Erein.
- WITTIG, Monique (1973): *Le corps lesbien*, Paris: Les éditions de minuit.
- ZALDUA, Iban (2008): *Euskaldun guztion aberria*, Irun: Alberdania.